

# LA FORMACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD POLÍTICA

Propuestas y recursos para el aula

Alexander Ruiz Silva  
Manuel Prada Londoño



Directora de colección: Rosa Rottemberg  
Diseño de cubierto: Gustavo Macri

Ruiz Silva, Alexander

*La formación de la subjetividad política : propuestas y recursos para el aula / Alexander Ruiz Silva y Manuel Prada Londoño -1<sup>a</sup> ed.- Buenos Aires: Paidós, 2012.*  
280 pp.; 22x16 cm.

ISBN 978-950-12-1536-6

1. Pedagogía. 2. Formación Docente. I. Prada Londoño, Manuel II. Título  
CDD 371.1

1<sup>a</sup> edición, mayo de 2012

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012, Alexander Ruiz Silva y Manuel Prada Londoño (por la compilación)

© 2012, de todas las ediciones:

Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello Paidós®

Independencia 1682/1686, Buenos Aires – Argentina

E-mail: [diffusion@areapaidos.com.ar](mailto:diffusion@areapaidos.com.ar)

[www.paidosargentina.com.ar](http://www.paidosargentina.com.ar)

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Impreso en Primera Clase,  
California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
en abril de 2012.

Tirada: 3.000 ejemplares

ISBN 978-950-12-1536-6

## 4. EL POSICIONAMIENTO



*A lo político subyace un querer vivir en común.*

PAUL RICŒUR (2000)

El interés por la investigación sobre procesos de formación ético-política en contextos escolares nos permitió visitar en 2005 una escuela pública en Medellín, reconocida, entre otras cosas, como importante centro de organizaciones y movimientos estudiantiles de distinto tipo y como un punto nodal de protesta social en las décadas anteriores, en medio de las más notorias condiciones de desprotección por parte del Estado y presiones e injerencias externas de variada procedencia. En el diálogo con algunos colegas y estudiantes sobre la participación estudiantil en la escuela, una de las profesoras explicaba que hacia fines de los años noventa la participación estaba menos formalizada y, sin embargo, era más amplia y diversa. El asunto de la elección de los representantes estudiantiles se tornaba problemático en tanto se solía elegir a los estudiantes más "maquetas". Al preguntar por el significado de este término, nos contestaron que se trataba de alguien necio, indisciplinado. Según reconocieron los mismos participantes de la reunión, "maqueta" es una palabra en desuso, y los estudiantes prefieren hoy usar el término "desatinado".

Para aclarar más la fuerza de esta expresión, valdría la pena recordar que *tino*, además de significar “habilidad o facilidad de acertar a tientas con lo que se busca”, quiere decir: “acerto y destreza para dar en el blanco u objeto al que se tira”; o “juicio y cordura” (*Diccionario de la Real Academia Española*). Así, pues, la expresión adquiere fuerza cuando, además de dar cabida a la tensión entre el azar que implica “andar a tientas” –que es una de las manifestaciones de contingencia existencial– y la definición de un objeto de búsqueda –proceso que exigiría una toma de iniciativa–, se tiene en cuenta que depende de una *capacidad de juzgar*, es decir, de elegir, de distinguir, de relacionar, de considerar algo como bueno o malo, conveniente o inconveniente.

En un momento determinado del diálogo nos dirigimos a Lina, una estudiante de 15 años que asistió a la reunión en su calidad de líder de procesos políticos en la escuela:

–Bien, Lina. Si yo tomo este lápizero y defino que en un extremo están los desatinados y en el otro los atinados, los responsables, ¿en qué parte del continuo te ubicarías tú?

–Yo me ubicaría aquí [señaló Lina tocando el extremo imaginario de la responsabilidad].

–¿Estás segura?

Lina me miró fijamente y en tono enfático y molesto por la duda expresa afirmó:

–Sí. Yo sé qué lugar ocupo en esta escuela.

En este caso, decir “yo” no se inscribe solamente en la buena construcción sintáctica en lengua castellana, sino que es manifestación de una toma de postura frente al mundo. Lina es testimonio de la asunción del *poder* en la escuela que parte del reconocimiento de sí misma, en primera persona, manifestado en su *capacidad* de autodesignación. Dicha capacidad es puesta a prueba en un contexto que la interpela: “La autodesignación del sujeto hablante se produce en situaciones de interlocución en las que la reflexividad contemporiza con la alteridad: la palabra pronunciada por uno es una palabra dirigida a otro; además, puede responder a una interpelación que le haga otro” (Ricœur, 2005b: 107).

Pero hay un detalle más que puede pasar inadvertido por la fijación en la escritura de esta breve interacción con Lina: ¡era nece-

saria, una vez que la estudiante señaló el extremo imaginario de la responsabilidad, una interpelación –cuando se tenía la intención de generar más confianza con ella– con la pregunta por la “seguridad” de su ubicación? Al conversar sobre nuestro desacuerdo llegamos a una conclusión: más que intentar la cercanía, la pregunta dejaba escapar un sesgo constitutivo de la escuela moderna que llevamos dentro, consistente en tener como referentes de clasificación de los estudiantes nuestros propios esquemas de racionalidad, nuestra manera de justificar todo cuanto acontece en el abierto mundo de la vida: ¡nosotros los modernos o pretendiendo serlo, nosotros los que *otorgamos* el reconocimiento!

Lina se sobrepone, pues sabe su lugar, se lo ha ganado, lo ha construido, se mueve dentro de él y en cada movimiento lo configura, lo transforma, lo interpreta; y en ese movimiento es capaz de construir su experiencia de sí. Lina es “atinada” porque, como veíamos antes y como lo ratificó en cada una de sus intervenciones posteriores en ese diálogo al que fuimos invitados, articula su decisión acerca del objeto buscado con la contingencia de los intentos por “dar en el blanco”.

Esta es una forma de expresión del posicionamiento, movimiento existencial que convoca al otro, que involucra al otro, que resiste el juicio simplificador del otro y le exige reconocimiento, que nunca renuncia a la persuasión de la palabra, de la mirada, del gesto. Por ello, posicionarse en el mundo es un acontecer profundamente político, implica un ámbito relacional: nos posicionamos ante otros, con otros, por otros, a propósito de los otros. Enlaza formas de identificación, narración, memoria y proyección de la vida en común y de la singularidad desde donde comprendemos y valoramos los hilos que la tejen. El posicionamiento es lo que permite que nuestra subjetividad política se apoye en los aprendizajes del pasado sin que ello implique clausurar el sentido de la experiencia del porvenir. Es la capacidad de asumir un lugar en un lugar desde donde se pueda contemplar la novedad y desde donde se intenta comprender la diferencia. Por ello es, al tiempo, autoafirmación y apertura.

El siguiente relato, producto de ese tipo de generosidad que se manifiesta cuando las personas vuelven motivo de conversación algunas de sus más valiosas experiencias, expresa, a nuestro juicio y de otro modo, buena parte de lo hasta ahora dicho:

### El amor en Caño Mochuelo

Una amiga y antigua compañera de estudios, Olga Estepa, nos narró hace unos días sus recientes experiencias en el sur del Casanare. Su labor de apoyo a comunidades vulnerables la llevó al territorio en el que habitan los sálivas y los cuibas-wamonaes.<sup>1</sup> El trabajo consistía en generar posibilidades de autorreconocimiento, especialmente en mujeres y niños que han sido víctimas de tratos abusivos en su interacción cada vez más permanente con colonos y con representantes de distintos grupos religiosos.

En una ocasión un niño de una de las zonas visitadas le expresó que el mejor modo de cambiar las cosas podría ser morir para volver a nacer, pero esta vez no como indígena. En más de una oportunidad Olga se sintió completamente impotente y llena de dudas sobre el verdadero sentido de su intervención; otras veces sintió que ayudaba a atenuar la brusquedad de ese encuentro entre culturas diferentes.

Su trabajo la llevó a internarse mucho más en la selva, hasta establecer contacto con una tribu cuiba de la región de Caño Mochuelo. Acompañada de un intérprete muy querido y respetado en la región, se presentó en la aldea. Sintió, de entrada, un trato amable, hospitalario y un auténtico interés de los indígenas por conversar con ella.

Marcada por su conversación con el niño que deseaba volver a nacer pero no como indígena, Olga esperó el momento más oportuno para preguntarle a la comunidad, reunida en torno suyo, si alguno de los presentes alguna vez había deseado morir. La respuesta fue una carcajada colectiva. Las mujeres, los viejos, los niños no paraban de reír ante esa ocurrencia; se agarraban la panza, se balanceaban, algunos hasta lloraban de la risa. Cuando por fin cesaron las risas y se dispusieron a la escucha, Olga hizo otra pregunta: "¿Alguna vez han sentido que nadie los ama?". La reacción que había desencadenado la pregunta anterior fue una nimiedad comparada con la que produjo la segunda. La gente se abrazaba de la risa, se caía al piso, parecían estar en una especie de delirio colectivo. Tuvo que esperar mucho más que

la vez anterior a que dejaran de reír, pues cuando parecía que ya iban a parar, alguien repetía en la lengua guahiba la pregunta y las risas volvían a contagiar a unos y otros y la espera parecía interminable. Sin saber qué otra cosa hacer, Olga les pidió que fueran ellos quienes preguntaran. Entonces una mujer, en nombre de todos, le dio las gracias por el buen momento, le preguntó si quería jugar con los niños y con las mujeres, si quería aprender sus juegos y enseñarles algunos que ella se supiera.

Luego de algunos días de juego –y casi que de solo juego, pues no había otra cosa mejor que hacer allí–, Olga indagó entre los niños que hablaban castellano por el motivo de la risa ante sus preguntas de aquel primer encuentro. La respuesta que obtuvo fue: "¿A quién se le ocurre que uno quiera morir? Esas cosas simplemente suceden; pero además, ¿a quién se le ocurre pensar que no nos sintamos amados? Si a uno lo ama la tierra, el viento, el agua, los árboles, los animales, la gran familia, todo ama a los cuibas.

Las preguntas formuladas por nuestra amiga a los integrantes de esta etnia se encuentran lejos de resultarnos –a quienes no pertenecemos a ella– extrañas y mucho menos de producirnos una risa incontenible; pero la respuesta de los cuibas a estas preguntas nos ayuda a comprender que hay distintas formas de posicionarse en el mundo, que no hay ninguna mejor que las demás, que todas son susceptibles de enriquecimiento y transformación. Al fin y al cabo, qué tan amados nos sentimos y qué exigencias de reciprocidad nos plantea este amor son asuntos que juegan un papel determinante en nuestras vidas, cualquiera sea la forma que elijamos de ser en el mundo.

<sup>1</sup> La etnia de los sálivas habita en los departamentos del Vichada y Casanare, en Colombia, y en algunas regiones del Estado de Bolívar, en Venezuela. Se estima que hoy existe una población cercana a las dos mil personas. Su lengua pertenece a la familia lingüística Sáliba-Piaroa, de la cual también proviene la lengua de los sikuaní. Por su parte, los cuibas-wamonaes habitan y recorren [dado que llevan una vida relativamente nómada] los llanos y las selvas de los departamentos del Meta, Casanare y Arauca, en Colombia. Cuentan, igualmente, con una población estimada de dos mil personas y hablan una lengua de la familia Guahibo.